

LA EUCARISTÍA NOS HACE IGLESIA

INICIO DE CURSO PASTORAL 2010-2011

Mis queridos Hermanos y Amigos todos:

Para este Curso Pastoral que iniciamos estaba previsto que prestáramos atención al **DÓNDE** y al **CÓMO** de la vivencia y la transmisión de la fe. Cuando empezamos a trabajar en el año 2007 sobre esta transmisión de la fe, percibimos en seguida que la gran tentación que teníamos que superar de entrada era pensar que donde nos jugábamos realmente la cuestión era en la renovación de los métodos, las dinámicas, el lenguaje, los lugares. Nos dimos cuenta que teníamos que repasar ante todo los conceptos, la idea que teníamos de ser creyentes y de ser testigos, y, a continuación, las personas. Unos buenos creyentes, convencidos y fieles, aún con métodos limitados y lenguajes defectuosos o mediocres, no dejarían de hacer llegar el amor y el deseo de seguir a Jesús. Esto no quiere decir que no tenemos que contemplar y revisar los modos y los lugares de la evangelización. Eso es lo que pretendemos hacer a partir de este momento.

En la reflexión que hemos venido haciendo a lo largo del Curso pasado los Delegados y Directores de Secretariados nos dimos cuenta de que un solo Curso pastoral era demasiado poco para afrontar este aspecto importante de los *cómos* y los *dóndes* de la tarea evangelizadora. En una especie de esquema general, que se inspira en los tres ministerios eclesiales, pensamos que la Iglesia (diocesana, parroquial, de asociación o de grupo) es evangelizada y evangeliza **celebrando, catequizando y testimoniando en caridad** su fe. A cada uno de estos campos o tareas vamos a dedicar un Curso completo, de modo que, manteniéndonos siempre en el Objetivo General que adoptamos al principio, nos abramos ahora a un ciclo de tres Cursos.

LA CELEBRACIÓN NOS EVANGELIZA Y NOS ENVÍA A EVANGELIZAR

Empezamos por la **CELEBRACIÓN**, y nos centramos en la Eucaristía. Pero el horizonte es toda celebración de la Comunidad: la de la Eucaristía y la de los demás Sacramentos, la celebración de la escucha de la Palabra y la celebración de la plegaria de la comunidad.

La idea que nos ayuda a captar la entraña, el núcleo esencial de la tarea que proponemos es ésta: la Iglesia vive la fe y transmite la fe celebrando. La Iglesia, en la celebración, y muy especialmente en la celebración eucarística, se expresa, se manifiesta a sí misma. Hasta tal punto esto es verdad que la Eucaristía celebrada es la mejor Catequesis sobre la misma Eucaristía, pero también es la mejor Catequesis sobre la misma Iglesia. Como también es la mejor Catequesis sobre el ser cristiano.

Esto es cierto en el nivel teórico, pero lo es también en el nivel operativo. Por una parte, se puede transmitir correcta y vitalmente una bellísima enseñanza sobre la

Iglesia hablando de la Eucaristía, y celebrando la Eucaristía. Y por otra parte, renovando la celebración de la liturgia eucarística se renueva y mejora la conciencia y la vivencia eclesial, y viceversa.

La lectura del famoso Sermón de San Agustín a los neófitos en el Día de Pascua (Sermón 272) es iluminadora de esta realidad: *“Lo que estáis viendo sobre el altar de Dios –dice-, lo visteis también la pasada noche (noche de la vigilia pascual), pero aún no habéis escuchado qué es, qué significa ni el gran misterio que encierra”*. El Santo Obispo en brevísimas palabras explica a los neófitos que el pan y el cáliz son el Cuerpo y la Sangre de Cristo, pero no se queda ahí, sino que añade para los que quieren entender el Cuerpo de Cristo, invitando a escuchar al Apóstol Pablo: *“Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros”*. En consecuencia, *si vosotros sois el Cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos, y recibís el misterio que sois vosotros. A lo que sois respondéis con el Amén, y con vuestra respuesta lo rubricáis*”. El realismo del comentario que hace Agustín a las palabras de Pablo es verdaderamente audaz, y hermosísimo en su profundidad: *sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos, y recibís el misterio que sois vosotros*. Y, comentando que de muchos granos se hace un solo pan y de muchos granos de uva un solo vino, añade: *Así también nos simbolizó a nosotros Cristo el Señor; quiso que nosotros pertenciéramos a Él, y consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad*. Sobre la mesa del Señor está el misterio que somos nosotros no sólo porque estamos unidos como los diversos granos de trigo o de vid, sino porque pertenecemos a El, Cristo, y en Él, Cristo, estamos unidos. Y eso, y no otra cosa, es la Iglesia.

En la práctica de nuestras Parroquias y Comunidades estas realidades tan esenciales se hacen felizmente patentes o quedan lamentablemente ocultas y perdidas según los distintos modos de celebración. Basta participar en la Eucaristía de un grupo cristiano para percibir qué idea y realidad de Iglesia está presente o ausente en la mente y en la vida de los participantes, y qué idea y realidad de Eucaristía llena o aletarga sus corazones y los pasos de su existencia. Desde el punto de vista operativo se puede comprobar lo mismo: reflexionando y remozando nuestro ser creyente y nuestro ser Iglesia, se rejuvenece y se vigoriza la Celebración Eucarística. Y viceversa: la auténtica y renovada celebración de la Eucaristía, la que la hace signo más elocuente de la presencia de Cristo el Señor (cf. *Ecclesia in Europa* 69) es el mejor modo de vigorizar y configurar la Iglesia. Esta dinámica procede de una hermosa realidad que los teólogos y el mismo Magisterio, siguiendo las huellas de los Padres de la Iglesia, no han dejado de subrayar: *“Se puede afirmar que hay una causalidad recíproca entre ambas (la Iglesia y la Eucaristía). Puede decirse que el Salvador ha confiado la una a la otra. Es la Iglesia la que hace la Eucaristía; pero es también la Eucaristía la que hace la Iglesia... Y en virtud de esta misteriosa interacción, es el Cuerpo único, a fin de cuentas, el que se construye, en las condiciones de la vida presente, hasta el día de su definitiva perfección.”*¹

La Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* de Juan Pablo II cita y comenta las palabras de San Agustín a los neófitos², y dedica todo un hermosísimo capítulo, el IIº, a este tema con el título: *La Eucaristía edifica la Iglesia*. Y unos párrafos más adelante

¹ HENRI DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, p. 119. Léase todo el capítulo IV dedicado al tema.

² *Ecclesia de Eucharistia* 40

comenta: *Como he recordado antes, si la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía, se deduce que hay una relación sumamente estrecha entre una y otra. Tan verdad es esto, que nos permite aplicar al Misterio eucarístico lo que decimos de la Iglesia cuando, en el Símbolo niceno-constantinopolitano, la confesamos «una, santa, católica y apostólica».*³

También en negativo es posible advertir esta relación. No es casual que la Eucaristía y la Iglesia sean en algunos casos, realidades a merced de francotiradores, que manipulan e inventan la Eucaristía como manipulan e inventan la Iglesia. Y también de esta manera la Eucaristía inventada y manipulada hace Iglesia, pero Iglesia inventada y manipulada al arbitrio de sus protagonistas. Y viceversa. Ni la Iglesia ni la Eucaristía son realidades *‘obra de nuestras manos’*. No construimos la Iglesia que queremos, sino que queremos construir la Iglesia que quiso y quiere nuestro Señor Jesucristo. No celebramos la Eucaristía que queremos, sino que queremos y celebramos la Eucaristía que Jesucristo regaló y regala a su Iglesia.

La Iglesia **se entiende a sí misma** celebrando la Eucaristía. En la celebración de la Eucaristía entendemos lo que somos, de qué vivimos, qué estamos invitados o llamados a hacer: *ser, vida y misión* de la Iglesia se comprenden celebrando la Eucaristía. Repasar, celebrando, la dinámica global y las distintas partes de la misma celebración Eucarística, es repasar en vivo el mejor Tratado de la Iglesia jamás escrito.

Pero no sólo la Iglesia se entiende a sí misma celebrando la Eucaristía, sino que **se construye** celebrando la Eucaristía y por la celebración de la Eucaristía. En realidad no se construye, sino que se deja construir **por gracia**. La Iglesia nació y nace en y de la Eucaristía, y vuelve a la Eucaristía continuamente como a su meta. La Iglesia como Cuerpo de Cristo es el Pueblo de la Nueva Alianza. Y la Nueva Alianza se instaura y permanece viva y constante en el Sacrificio del Cuerpo de Cristo.

Repasamos la misma celebración eucarística para recorrer los capítulos de este Tratado sobre la Iglesia. Primero recordamos que ese Manual de Eclesiología tiene dos grandes partes: la liturgia de la Palabra y la Liturgia del Sacramento.

LITURGIA DE LA PALABRA LA IGLESIA SE ENTIENDE COMO CONVOCADA, CONFIGURADA Y ENVIADA POR LA PALABRA.

La Iglesia se entiende a sí misma y se siente construida por gracia desde la Liturgia de la Palabra

- **como oyente de la Palabra,**
- **como configurada por esa Palabra,**
- **y como enviada por esa Palabra.**

³ Ibidem 26

La Iglesia nace como oyente de la Palabra. Así fue en el principio, y así continúa siendo en cada momento. La Iglesia nace del anuncio de una palabra, la Palabra. Los primeros oyentes y acogedores de esa Palabra fueron los primeros testigos, los Apóstoles, “el germen del nuevo Israel” (AG 5). Y su testimonio, su palabra anunciada y acogida produjo las primeras agregaciones: “*Dios ha resucitado a Jesús, el Nazareno... Dios ha constituido Señor y Mesías a ese Jesús, a quien vosotros habéis crucificado... Los que **acogieron su Palabra** fueron bautizados. Aquel día se les **agregaron unos tres mil***” (Hechos 2, 14-36). La acogida del anuncio, de la Palabra, que es el Señor Resucitado, constituido Señor y Mesías, no termina únicamente en conversión personal y bautismo, sino también en agregación a la comunión de los que han proclamado el anuncio, en Iglesia que va extendiendo los vientos de su tienda.

San Juan lo expresará de modo semejante: *lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que vieron nuestros ojos, lo que tocaron nuestras manos -hablamos de la Palabra, que es la Vida, que estaba ante el Padre y se manifestó y nosotros la vimos- eso que oímos y vimos os lo anunciamos ahora **para que también vosotros estéis en comunión con nosotros**, y esta comunión nuestra es comunión con el Padre y con su Hijo Jesús, el Cristo* (I Juan 1, 1-4).

La Iglesia sabe que es oyente, discípula y sólo discípula. La Iglesia es discípula atenta, antes que maestra. Lo que sabe, lo sabe porque lo ha escuchado a su Señor, y si quiere enseñar algo, y pretende enseñar algo a la gente, es porque antes se lo ha escuchado a su Señor. La Palabra que oye y acoge, es en primer lugar Palabra de **llamada**, y por eso la Iglesia es lo que es: comunidad de los que responden a la misma llamada, con-vocación, *ekklesia* en griego. En realidad no nos reunimos en Iglesia, sino que somos convocados en Iglesia por la Palabra que es Cristo. La Iglesia no es un club o una asociación de afines en gustos o en corrientes ideológicas o de espiritualidad, gentes que se sienten a gusto apuntándose a un colectivo que gratifica sus oídos o sus intereses, aunque sólo sea el de estar con gente parecida. Precisamente porque no arranca de la palabra y la decisión humanas de afiliarse a un grupo, sino que es respuesta a una Palabra con mayúscula que nos sorprende y nos convoca, es por lo que acepta al que ocupa el sitio contiguo o el más lejano con la misma acogida. Las asociaciones opcionales aglutinan a semejantes. La Iglesia hace iguales -hermanos- a los desemejantes.

La Palabra que oye y acoge y la hace asamblea, convocación, *Ekklesia*, es Palabra que la **con-forma**, la con-figura, le da forma. Necesitamos recuperar vivamente el sentido más auténtico de la palabra ‘**formación**’ en cristiano. No se trata de adquirir unos conocimientos, o del aprendizaje de unas pautas de comportamiento, o del adiestramiento en unas técnicas de comunicación. Se trata de *un continuo proceso personal de maduración en la fe y de **configuración** con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo*⁴; situarse ante la vida, ante el Padre, ante los hombres, ante la historia, *con los mismos sentimientos de Cristo Jesús* (Fil 2, 5)⁵, con los criterios de Cristo, *la mente de Cristo* (1 Cor 2, 16), realizando *las obras de Cristo* (Juan 14, 12), porque creemos en Cristo y estamos animados por su Espíritu. Se trata en definitiva, en la escucha y acogida de la Palabra, del objetivo que perseguía Pablo con

⁴ Cf. Juan Pablo II, Exhortación postsinodal *Christifideles Laici*, 57.

⁵ Cf. Juan Pablo II, Exhortación postsinodal *Pastores Dabo Vobis* 57.

su pasión pastoral: *que Cristo se forme en vosotros* (Gal 4, 19). La Iglesia se forma, se configura, se conforma con Cristo en la acogida de Cristo Palabra en la celebración eucarística.

La Palabra que la convoca, la Palabra que la conforma y la configura, es Palabra que la **envía**. La Iglesia se reúne en asamblea, y abre los oídos del corazón, para salir a la plaza pública, para abrir la puerta de todos los cenáculos y gritar, de muchos modos, pero un solo mensaje, el de Pedro en Pentecostés: *Os hablo de Jesús el Nazareno*.

Es realmente posible continuar detalle a detalle la celebración eucarística repasando los capítulos de este verdadero Tratado sobre la Iglesia. Dentro de lo que llamamos todavía Liturgia de la Palabra, ¿qué hace la Iglesia después de acoger la Palabra, con la explicación y la aplicación que hace el Obispo o el Presbítero en la homilía? Dos pasos que son una auténtica manifestación de su ser Iglesia: Proclamar el Credo y Orar por las necesidades de la Iglesia y de la Sociedad.

Proclamar el Credo es repasar el resumen de la integridad de la fe. Cada celebración presenta obviamente unos textos limitados de la Sagrada Escritura, pero el Símbolo es el resumen de la Escritura toda. Como decía San Cirilo de Jerusalén: *Como no todos pueden leer las Sagradas Escrituras, para que el alma no perezca de ignorancia, reunimos en unos pocos versículos todo el dogma de la fe, y los aprendemos con las mismas palabras y lo recitamos con todo empeño, secretamente, no escribiéndolo en tablas materiales, sino en el corazón de la memoria... El símbolo de la fe no ha sido compuesto por el capricho de los hombres, sino que los principales puntos, sacados de las Santas Escrituras, perfeccionan y completan esta única doctrina de la fe*⁶.

El mismo impulso que la ha invitado a acoger la Palabra, porque sin ella ni se entiende a sí misma, ni sabe qué necesita, ni sabe qué tiene que hacer, le mueve a comprenderse como necesitada de todo, y como representante de las necesidades de todos, que hace suyas. La **Oración de los fieles**, que en la celebración eucarística sigue a la escucha de la Palabra, no es la carta de la comunidad local a los reyes magos, sino la plegaria que, precisamente como fruto de la escucha y acogida de la Palabra, abre las ventanas de la comunidad local a las verdaderas necesidades y a las verdaderas dimensiones del mundo.

LITURGIA DE LA PLEGARIA EUCARÍSTICA
LA IGLESIA SE ENTIENDE COMO AGRACIADA, CONFIGURADA POR UNA PRESENCIA,
CONSTRUIDA POR EL ESPÍRITU, EN COMUNIÓN CON CRISTO
Y EN COMUNIÓN UNIVERSAL.

Si la Iglesia es *creatura Verbi*, no debemos olvidar que es *creatura Verbi Incarnati*. Y eso es válido para el tiempo de la vida terrena de Jesús, y para los Sacramentos de la Iglesia a lo largo de los tiempos. En los Sacramentos de la Iglesia

⁶ San Cirilo de Jerusalén, Catequesis 5, 12

Cristo en persona, con su humanidad resucitada, nos sale al encuentro, y nos fortalece con su gracia para cada momento y para cada situación de la vida. En la celebración de la Eucaristía esta realidad se intensifica y como se concentra, porque “*en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y pan vivo, que por su Carne vivificada y que vivifica por el Espíritu Santo, da vida a los hombres, que de esta forma son invitados y estimulados a ofrecerse a sí mismo, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con El. Por lo cual la Eucaristía aparece como fuente y cima de toda evangelización*” (PO 5).

En la liturgia del Sacramento de la celebración Eucarística hay de modo visible como dos grandes partes, aunque inseparables: la Plegaria Eucarística y la Comunión.

La Iglesia se retrata a sí misma, se define a sí misma en la Plegaria Eucarística, la oración que dirige al Padre como respuesta a la Palabra, escuchada y acogida. Y la Iglesia se define a sí misma *-lex credendi, lex orandi-*:

- **como agraciada,**
- **como memoria eficaz de la presencia de la entrega y de la entrega de la presencia de Cristo,**
- **como fruto y obra del Espíritu,**
- **como comunión universal que trasciende los límites espacio temporales de nuestra estrechez local.**

Las distintas partes de la Plegaria Eucarística son en verdad aspectos que definen la configuración de la Iglesia, unos capítulos más de ese precioso Tratado sobre la Iglesia:

1.- ACCIÓN DE GRACIAS (PREFACIO):

Es justo y necesario darte gracias siempre y en todo lugar

La Plegaria Eucarística nos enseña a ver, a percibir lo recibido, a repasar los dones que continuamente enriquecen nuestra vida y nuestra historia desde la generosidad de Dios Padre. Ni siquiera nuestra condición pecadora inutiliza esa generosidad. Él nos lo ha dado todo, y en Cristo ‘*lo ha hablado todo, dándonos el todo, que es su Hijo*’⁷. Así aprendemos a entendernos a nosotros mismos desde el don recibido. Somos más y estamos más contruidos y formados desde Dios que desde nuestro esfuerzo.

2.- MEMORIA AGRADECIDA (ANÁMNESIS):

Por eso, Padre, al celebrar este memorial de la Muerte gloriosa de Jesucristo, de su santa Resurrección, de su admirable Ascensión...

La Iglesia en la Eucaristía hace (es) Memoria constante de las palabras, los gestos y las acciones de Dios en Cristo. Es una Memoria muy especial, que la Iglesia llama Memorial, porque no es simple recuerdo, simple repaso, sino presencia eficaz que

⁷ San Juan de la Cruz, Subida al Monte Carmelo, 22.

nos salva en nuestro hoy y ahora. Saber repasar la propia historia, la de cada creyente y la de cada comunidad es saber encontrar en esa historia la mano de Dios, que en Cristo actuó y actúa en el presente. La memoria agradecida, la conciencia de la repetida y presente actuación de Dios, es el fundamento de la confianza, de la fortaleza y de la audacia. El Memorial de Cristo es presencia de su oblación, de su entrega: Cristo se ofrece por nosotros a Dios, y a nosotros; se pone en nuestras manos hoy como en su vida terrena. Hace presente su entrega y nos entrega su presencia. Nosotros nos ofrecemos con Él, y por Él (gracias a Él), acogiendo la salvación y glorificando a Dios.

3.- INVOCACIÓN AL ESPÍRITU (EPÍCLESIS):

Te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu

La Iglesia invoca al Espíritu continuamente, porque es consciente de su fragilidad e incapacidad. El gesto de la imposición de las manos, cuando lo realiza la Iglesia, no es un signo, un gesto de fuerza, sino todo lo contrario, es el gesto del reconocimiento de la propia debilidad. Repasando los distintos Sacramentos podemos advertir esta conciencia de inutilidad que mueve a la Iglesia a invocar al Espíritu imponiendo las manos. Porque no puede transformar los dones presentados: el pan y el vino, en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, invoca al Espíritu; porque no puede transformar la asamblea de tan distintos y a veces distantes miembros en un solo Cuerpo y un solo Espíritu, invoca al Espíritu; porque no puede perdonar los pecados, invoca al Espíritu; porque no puede renovar a un hombre frágil y pecador como todos en un pastor dedicado y solícito, transparencia del Buen Pastor, invoca al Espíritu.

La cultura actual magnifica la autosuficiencia y el orgulloso envanecimiento en las habilidades del hombre. La Iglesia en la liturgia, invocando al Espíritu, nos enseña a entendernos desde la necesidad de ser ayudados.

4.- COMUNIÓN.

Reunidos en comunión con toda la Iglesia...

No me refiero ahora a la Comunión Eucarística, sino al reconocimiento que hace la Iglesia en cualquier celebración eucarística de sus auténticas dimensiones. Puede ser que en el lugar y en el momento concreto de la celebración haya un reducidísimo número de personas, pero se hace memoria de toda la familia, y se establecen y se subrayan los vínculos con todos los hermanos: la Iglesia que ya ha llegado a la casa del Padre, la asamblea de los Santos, con la Madre de Jesús y Madre nuestra; la Iglesia que partió de este mundo y confía en nuestra plegaria; la Iglesia de los cuatro puntos cardinales que continúa peregrinando como nosotros y con nosotros “*entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios*” (LG 8) con sus Pastores y fieles. La verdadera conciencia eclesial, el verdadero espíritu católico, la auténtica amplitud de miras nace y se alimenta en la Eucaristía. Efectivamente, la Iglesia que hace la Eucaristía, es configurada, se hace por la Eucaristía. Ninguna experiencia particular de Iglesia, sea de individuo concreto o de comunidad, por profunda e intensa que sea, agota la realidad de la Iglesia. Ésta siempre es más grande y más rica. En la celebración eucarística aprendemos y vivimos realmente las verdaderas proporciones de nuestra

comuni3n, y la profundidad de su enraizamiento en la misma Comuni3n del Padre, del Hijo y del Esp3ritu.

LITURGIA DE LA COMUNI3N
LA IGLESIA SE ENTIENDE Y SE CONSTRUYE COMO COMUNI3N EN EL CUERPO DE
CRISTO, QUE LA TRANSFORMA EN SU CUERPO.

Terminada la gran Plegaria Eucar3stica, la comunidad eclesial se dispone a participar del Cuerpo y Sangre de Cristo y comulga con 3l y en 3l. Lo que la Iglesia hace y reza en torno a la Comuni3n tambi3n nos muestra c3mo se entiende a s3 misma, y c3mo se configura en su realidad m3s profunda.

1.- LA IGLESIA REZA EL PADRE NUESTRO

Rezar el Padre Nuestro significa asumir el **T3** verdaderamente radical del hombre: Dios Padre. “*Somos lo que somos ante Dios, y nada m3s*”, dec3a San Francisco⁸. Y ante Dios somos hijos, permanentemente retados, y permanentemente agradecidos, para vivir en la confianza filial la identificaci3n con ‘sus cosas’: su Nombre, su Reino, su Voluntad.

Rezar el Padre Nuestro significa asumir el **Nosotros** verdaderamente fundamental del hombre: el ser hermano de todos. La segunda parte de la oraci3n que Jes3s nos ense1a resume los temas fundamentales que necesitamos pedir para todos: el pan cotidiano, el perd3n, el ser librados de la tentaci3n que nos separa de la voluntad del Padre.

2.- LA IGLESIA ACOGE LA PAZ DE CRISTO Y SE MARCA CON EL SIGNO DE SU PAZ.

Cada vez nos resulta m3s f3cil comprender que es realmente dif3cil hablar de la Paz, y todav3a m3s trabajar para conseguirla y alcanzarla. Y quiz3s en esta sencilla oraci3n que la Iglesia reza recogida antes de comulgar el Cuerpo de Cristo hay m3s de una indicaci3n para este decidido camino de los creyentes como instrumentos y constructores de la Paz. La Iglesia reconoce que la Paz es el don del Se1or Muerto y Resucitado, confiesa que procede del Sacrificio, de la Cruz de su Maestro y Se1or. La Iglesia reconoce la fuente de la que han manado y siguen surgiendo todas las amenazas y todas las oposiciones a la Paz de la Humanidad: el pecado del hombre. El mal existe, el verdadero mal es la negativa del hombre a seguir los pasos de Dios que contin3an resonando en el jard3n. Pero la Iglesia sabe que ese mal no es lo definitivo, no es lo que determina inexorablemente el futuro del hombre y de la humanidad. Est3 la misericordia. ‘No tengas en cuenta’, ‘mira la fe’. Y s3lo cuando ha pedido humildemente la Paz a su Se1or, se atreve a ofrecer la mano al hermano, y de acoger la mano de quien la muestra igualmente tendida.

⁸ *Admonitiones*, n. 19

3.- LA IGLESIA PARTE EL PAN, REPARTIDO Y COMPARTIDO, Y SE UNE A SU SEÑOR CONVIRTIÉNDOSE EN SU CUERPO.

Necesitamos valorar el rito de la Fracción del Pan, que dio nombre a la asamblea eucarística, y que a veces pasa desapercibido y como tapado por los prolongados cantos y gestos de paz. Es un momento muy importante, que nos identifica como creyentes, hijos y hermanos. Hay como un doble movimiento expresado en el rito: “*Como este pan partido estaba antes disperso por los montes y se ha hecho uno, así se recoja tu Iglesia de los confines de la tierra en tu Reino*” (Didaché, 9); así andábamos nosotros y seguimos andando muchas veces... pero “*el pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan*” (I Cor 10, 17). Sin Comunión eucarística no hay unión con Cristo, no hay Comunión eclesial. Sin participar en el pan único y partido, seguimos siendo granos dispersos, distantes. La Comunión con Cristo y en Cristo es comunión con Dios y con los hombres. Comunión con Dios que nos hace capaces de comulgar con su pasión por cuidar de los hombres. En las manos de Dios y sólo en las manos de Dios el mundo se hace realmente humano. Cuando el mundo queda al cuidado de los hombres, se organiza en contra de los débiles. En Cristo, comiendo del mismo Pan, formamos un Cuerpo, su Cuerpo. Es en la experiencia de la unión con Cristo en donde se fundamenta nuestra más auténtica experiencia eclesial, y la fraternidad que nos lleva a repartirnos como pan eucaristizado y a compartir con todos los hombres lo que somos y lo que tenemos. “*Sed lo que veis y recibid lo que sois*”⁹ decía San Agustín a los neófitos en la celebración de la Pascua.

EL ENVÍO A LA MISIÓN. ¿TODO HA TERMINADO O TODO EMPIEZA AHORA DE NUEVO?

Juan Pablo II, en la Encíclica *Redemptoris Missio*, hizo la sorprendente y audaz afirmación de que ‘*la actividad misionera está aún en sus comienzos*’.¹⁰ Creo que es este uno de los documentos sobre los que la Comunidad eclesial debería volver su atención con especial interés en el momento presente. Quizás lo entendamos más y lo acojamos mejor que cuando fue publicado. Lo recuerdo ahora, cuando invito a considerar los momentos finales de toda celebración litúrgica como la condensación del envío a la tarea del testimonio y del anuncio para la transformación del mundo. En la dinámica de cuanto he ido ofreciendo como reflexión, se entiende que pueda afirmar que, al acercarnos a la Eucaristía, en realidad no venimos nosotros a la asamblea, sino que respondemos a una llamada que nos convoca, nos forma como asamblea, como *Ecclesia*. La Iglesia no nace de nuestras proximidades, nuestras afinidades y nuestros gustos. No son nuestros pasos cercanos los que constituyen la Iglesia; son los pasos de Dios los que van reuniendo a los hombres. La Iglesia nace de una llamada, a la que se responde. Del mismo modo, la asamblea no se disuelve, no nos vamos de la celebración porque ya no tenemos nada más que hacer. En realidad no nos vamos, somos enviados. La asamblea no es un refugio del que se sale a la rutina de cada día, sino el ámbito del Espíritu, que nos empuja y nos obliga a abrir nuestras puertas y a abandonar nuestros miedos.

⁹ Sermón 272 citado.

¹⁰ Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, 30

Repasando la celebración de la Eucaristía descubrimos la Iglesia. Hemos ido recorriendo cada paso de la celebración eucarística, y en cada uno de ellos hemos ido acentuando y subrayando los aspectos que nos ayudan a entendernos como Comunidad del Señor Resucitado, como Iglesia de Dios. Invito a todos a repetir este ejercicio una y otra vez, pues la riqueza de la oración de la Iglesia -y la Misa es la más hermosa y más clara oración de la Iglesia- no es aprovechada normalmente por quienes celebramos.

Es necesario pasar también al orden operativo. No se trata sólo de aprender, de saber, de conocer. Renovando la celebración de la Eucaristía nos renovamos como Iglesia. Viviendo con más autenticidad, con más profundidad la celebración de la Eucaristía, somos fortalecidos en nuestro ser Iglesia, vivimos con más vigor, con más unión, y con más aliento evangelizador nuestro ser Comunidad del Señor Resucitado. Es verdad, la Iglesia 'hace' la Eucaristía, pero es más verdad todavía que la Eucaristía nos hace Iglesia.

En el Domingo se pone de manifiesto esta realidad de una manera muy singular. Una comunidad cristiana fuerte, unida y convencida de su misión en el mundo se pone de manifiesto con la alegre y participada vivencia de la Eucaristía dominical. Y esta fuerte experiencia del Domingo repercute y realimenta el vigor, la comunión y el convencimiento de la comunidad. También nuestras pérdidas como Iglesia y como celebrantes las observamos y las sufrimos en pérdidas en la celebración del Domingo. Los bancos vacíos de los que nos dejaron o de los que no han venido a ocuparlos son un constante reclamo para la evangelización o para la nueva evangelización. Nuestro modo y estilo de celebrar pone en evidencia las grandezas y las debilidades de nuestro ser Iglesia y de nuestra identidad creyente. Renovando el Domingo, nos renovamos como Iglesia y renovamos la Eucaristía...

Es inevitable que, hablando de la Iglesia, de la Eucaristía y del Domingo, hagamos mención de los jóvenes. No están muy presentes en nuestra comunidad Iglesia, nos duele y nos interpela su ausencia, aunque ocupen muchas o algunas veces tiempo y espacio en los salones parroquiales, o en las convivencias y excursiones de nuestras parroquias. La próxima **JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD**, que se celebrará en Madrid en Agosto de 2011, es una gracia especialísima del Señor Jesús para que nos sintamos todos interpelados. No crecemos bien sin ellos, no estamos contentos sin sentirlos 'en casa', les necesitamos. Y creo que ellos también necesitan a nuestra Iglesia Diocesana, para que, juntos, crezcamos unidos con Jesús.

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo

✠Francisco, Obispo